

DEL MEMORISMO, A LA RACIONALIDAD Y A LA CREATIVIDAD

Jorge OROZCO MENESES

Universidad del Valle

(Colombia)

“El mundo solamente puede llamarse humano, en la medida en que significa algo”.

A. J. Greimas

Revisando las diferentes maneras como las diversas culturas, los estados, las sociedades y las diferentes épocas han proporcionado instrucción y educación a sus asociados, notamos palpablemente que la historia de la educación ha tenido algunos puntales básicos, que se deben reconocer como elementos fundamentales que nos permiten captar, analizar y proyectar acciones con las cuales podamos pasar de estados cerrados por el formalismo, la competencia, el autoritarismo, la disciplina rígida y el memorismo tradicional como formas de aprendizaje, a estados divergentes de escolaridad abierta a la vida, que potencien el estudio de la realidad, la libertad, la actividad, la autonomía y enfatizen en la significación de las acciones y de los objetos, los valores humanos, la identidad de las personas, la organización de los pueblos y su entendimiento a través de los criterios propios de nuestra sociedad moderna.

Toda vez que han existido sociedades esclavistas, en cualesquiera de sus formas, el pensamiento del hombre tiende a repetir acciones, informaciones, pensamientos y actitudes que convergen siempre a mantener al ser humano en estados primitivos de irracionalidad, de trabajos forzados, de desmembración, de situaciones paupérrimas, sin ideales y con una visión muy limitada de su propia realidad. En cambio, cada vez que ha habido la oportunidad de sociedades libres y/o auténticamente democráticas, el pensamiento humano, infinito en capacidades, tiende a emanciparse, a imaginar, a producir y a crear para beneficio de las diversas comunidades y grupos sociales, haciéndolos más fuertes, más cultos, con infinitos ideales, con formas más racionales y creativas para captar, entender y manejar su propia naturaleza.

Las sociedades primitivas dedicadas a la agricultura y al pastoreo, tal es el caso de los sumerios, fueron abandonando su estilo de adherencia a tradiciones obsoletas y gastadas para luego, por medio de una educación dinámica y de una organización comunitaria participativa, pudieron desarrollar sistemas de regadíos y formas de agricultura muy avanzadas, creación de esculturas y de las artes del metal, inventaron la escritura cuneiforme, sistematizaron signos para las grafías de su lengua y con una civilización avanzada consiguieron la hegemonía sobre los demás pueblos de su época.

Por otro lado, las sociedades oscurantistas de la Edad Media (si así las podemos llamar) dependieron del dogmatismo religioso. Por eso, la única verdad importante es la del dogma que convertirá al niño en cristiano y su fidelidad a la verdad revelada lo

conducirá a la salvación eterna, que es donde se encuentra presuntamente la verdadera libertad. La educación en esta época se hallaba encauzada hacia un modelo preestablecido y determinado que coartaba la condición de libertad del pensamiento humano.

En cambio, la educación de las sociedades pensantes y transformadoras del Renacimiento impulsó otras formas de reflexión. Censuró el problema de la individualidad y del teocentrismo; opuso a un ideal eterno y universal la riqueza y la diversidad del pensamiento, con lo cual surgió el antropocentrismo. Por esta razón, y en esta época, surge el problema de las múltiples transformaciones y del progreso en muchos órdenes para la adquisición y desarrollo del conocimiento y, por lo tanto, se negará a admitir la firmeza y adecuación del modelo pedagógico peculiar de la Edad Media. Fue, pues, un resurgir y un crecer en auténticos campos del saber, no desarrollados por el estrecho margen en el crecimiento de las ideas propio del escolasticismo.

Disminuido el sentido religioso convergente que predominó en la Edad Media aparece un cambio de valores y la autoridad es suplantada por la razón; se da prelación a los sentimientos y a la naturaleza humana; se vuelve a implantar el sentido del reconocimiento de la vida; el hombre se siente dueño del mundo y se despierta el afán científico por conocerlo; se consagra a la misma naturaleza como modelo de la actividad humana; de ahí que la educación renacentista sea la expresión del pensar sereno y divergente en donde la espontaneidad será el ideal para la vida práctica.

Con todo esto la pedagogía tradicional no alcanza a perder sus bien ganados derechos frente a ese movimiento de insurrección contra los cánones privilegiados y preestablecidos que perduraron a través de los siglos XVI y XVII, siglos estos en los que se conservaron incólumes las ideas tradicionalistas. Sólo en el siglo XVIII se establece un acreditado movimiento revolucionario con la aparición de la Ilustración y en ella la tendencia más radical llamada el enciclopedismo, cuya característica fue la revisión, a la luz de la razón y de la experiencia, de la concepción del mundo y del hombre en todos los terrenos. El enciclopedismo sustituyó las ideas de jerarquía, disciplina y autoridad por las de igualdad, independencia intelectual y libre crítica.

Igualmente, el avance de las ciencias de la naturaleza, llevó al convencimiento de que la tarea fundamental del hombre debería ser su dominio total. Por esta causa y como una nueva forma de educación, se prescindió de las preocupaciones metafísicas para desplazar a ese hombre hacia el estudio del lenguaje, las matemáticas, las ciencias naturales, la biología y las ciencias físico-químicas, lo cual contribuyó al progreso de la ciencia y de la técnica, que ha abierto al pensamiento humano vastos horizontes en el mundo moderno.

Esta forma de educar juventudes pasa también al siglo XIX con el triunfo del laicismo escolar propio para el desarrollo del juicio, del espíritu crítico y que defendía con vehemencia la cultura y la libertad de pensamiento. Sin embargo, se le puede culpar por no haber favorecido el desarrollo y capacitación para la investigación.

Sólo en las postrimerías de este siglo surge la concepción esencialista del hombre, que nace bajo la influencia de las teorías evolucionistas, originadas en las ciencias naturales y sociales, las que conciben la evolución del hombre y de la sociedad como un progreso permanente. Es aquí donde la escuela fija su atención en los eventos del presente, considerándolos como el eslabón de la cadena evolutiva, lo cual es benéfico porque se establece un diálogo entre la escuela y la sociedad, propio para un excelente aprendizaje hecho para el fomento de la investigación y la creación. Aunque en la educación se advierte una tendencia acentuada para estudiar la realidad, no podemos

pasar por alto las influencias de los educadores y pedagogos (Augusto Comte), cuyas teorías impusieron un toque de positivismo y empirismo, que convierte el proceso educativo en un campo de observación científica rigurosa, a fin de dar una visión de carácter estrictamente realista de la vida.

En el siglo XX, a pesar de la conservación de variadas formas tradicionalistas, se critica el aislamiento en que nos ha sumido ese mismo tradicionalismo radical y se defiende vivamente la apertura de la escuela a la vida, a la realidad social, a los avances pedagógicos, científicos y tecnológicos propios de una sociedad en la que la imaginación, las ideas, la investigación, la inventiva y la creación surgen en todos los campos del conocimiento humano.

Con estos saberes de avanzada se erradica el autoritarismo reinante, se promueve una escuela diferente que rompa con el dogmatismo frustrante, con el memorismo estéril y dé paso a unas ideas y a unos campos divergentes donde los procesos de aprendizaje activo tengan en la “libertad” su característica concluyente.

Los estudiantes de la escuela de este siglo, como lo anota Paulo Freire, en lugar de ser recipientes dóciles de contenidos, deben ser ahora investigadores, críticos, creadores, en diálogo con el educador, a su vez también investigador, crítico y creador. Por eso debemos considerar que la educación de nuestras juventudes debe basarse en la libertad, realizarse dentro de la libertad y de esta manera concebir y conseguir la auténtica libertad del individuo y de la comunidad en la que se desarrolla.

Caminamos, pues, hacia una escuela manifiestamente desplegada a la vida, con proyección hacia un futuro ciudadano que sea capaz de comprender por qué es consciente y racional, por qué en él hay una dignidad humana, por qué es creador e impulsador de saberes... El educador, a su vez, también ha de comprender y habrá de convencerse de que las prácticas empíricas cotidianas son mucho más eficientes para despertar interés por lo intelectual y que esas prácticas empíricas deben dar paso a prácticas culturales y comunicativas propias para procesos de aprendizajes eficientes y duraderos.

Todo conocimiento humano se adquiere a partir de un manejo rudimentario de los objetos, eventos, procesos, situaciones y fenómenos, de manera subjetiva inicialmente, más bien por una actitud de requerimiento, de reflexión, de aprender a pensar frente a una situación, ante un problema y de un captar individual frente a las cosas, hechos y acontecimientos que nos sobrevienen.

Así las cosas, el educador consciente promueve la racionalidad y la creatividad por medio de procesos mentales productivos en donde el sujeto cognoscente debe realizar su participación particularmente viva y original, utilizando para ello planos diferentes y métodos diversos con el fin de reconocer y valorar en todas sus formas el proceso, la acción o el fenómeno objeto de conocimiento. No muchos temas, sino mucho de cada tema, nos daría una formación con bases sólidas suficientes para que en poco tiempo fuéramos personas cultas y de mucha praxis, indudablemente.

A medida que avanzamos en los diversos grados de Primaria, de Secundaria o de la Universidad, nos vamos adentrando con fuerza y talento en el conocimiento y manejo de ideas complejas, con imaginación, con originalidad, con inventiva, solucionando problemas y proyectando saberes, dado que hemos sido preparados para una sociedad que requiere de seres creativos y prácticos, antes que de hombres eruditos. Si “transmitimos saberes” enseñamos a consumir; si “encontramos saberes” aprendemos a investigar y a producir. ¿Por cuál de los dos caminos deseamos seguir nosotros como

profesores y como estudiantes del futuro?

El hombre es capacidad pura. Por lo tanto, la educación del hombre debe concebirse, planearse, proyectarse y realizarse como el desarrollo equilibrado de todas sus facultades. Este planteamiento nos lleva a decidir que los hombres son personas y, como personas, son capaces, y el hecho de no hacer nada en concreto para que esta afirmación se cumpla, es un engaño para las autoridades educativas, para el individuo mismo y hasta para la misma sociedad.

El camino que una persona sigue para elaborar una respuesta puede proporcionarle una o más posibilidades de aprendizaje, posibilidades que se construyen en cadena, y serán cada vez mejores esas construcciones si los educadores conocen cómo aprende un estudiante, cómo enfrenta los problemas que se le presentan, qué obstáculos se interponen durante el proceso de aprendizaje y cómo utiliza cada conocimiento en una situación específica.

El maestro necesita observar, registrar, analizar y proyectar las actividades que realizan los estudiantes al resolver cualquier tipo de problemas; es la única forma de conocer los métodos que se necesitan para aprender, las maneras como se utilizan los conocimientos y el tipo de resultados para cada comunidad estudiantil. Esta es una forma bien distinta de establecer procesos de aprendizaje, y, sobre todo, de evaluar las capacidades y limitaciones de los discentes, y rompe, por supuesto, con la manera tradicional de hacerlo a través de prácticas memorísticas.

Un maestro, a través de los años, puede llegar a convertirse en un “autómata” que repite informaciones para sus alumnos, quienes a su vez las siguen repitiendo irracionalmente. Pero también existe la inmensa posibilidad de formar maestros investigadores que estén dispuestos a transformar esas prácticas inadecuadas y obsoletas. Para lograr dicho cambio necesita “volver a ver” y “volver a escuchar” al estudiante que tiene frente a él. Esta es ya la gran decisión que han tomado algunos educadores que empiezan a cuestionar su propia práctica pedagógica.

Así pues, pretendemos abordar el problema del aprendizaje en una relación que trascienda los linderos de la institución escolar, aun cuando el tratamiento de la problemática se inicie en ella o a partir de ella. Si allí hemos orientado a nuestros institutores no sólo en lectura y escritura o en normas gramaticales, sino que nuestra competencia ha sido y será la de aprender a pensar, a juzgar, a ser críticos, a comunicarse en toda la amplitud de la palabra, orientándolos de una manera gradual y progresiva, también sus estudiantes habrán ganado terreno por medio de prácticas concretas como experiencias positivas obtenidas de sus propias actividades.

Tratemos pues a las personas en unas relaciones propias para “hacer” y no simplemente para “saber”. Todo educador debe comprender que su trabajo no es un acopio de acciones que ejecuta a favor de unos estudiantes para que aprendan y puedan representar una buena imagen de la sociedad a la cual pertenecen. Su trabajo es acción participativa, es búsqueda de saberes, es formación intelectual, es plantear y resolver problemas, es capacitarse para la vida, es dar colaboración, es entender a los demás, es producir con inteligencia por y para la necesidad, es combinar y crear para un mejor vivir...

Finalmente, digamos que se trata de un tipo de educación que logre alcanzar un pensamiento libre, donde los problemas sean la fuente para un estudio permanente. Nuestra educación no puede seguir siendo el acto por el cual se deposita, se narra, se transfiere o se transmite conocimiento y valores a los alumnos. Nuestra educación debe

responder a los problemas que la vida real y moderna nos plantea, pues de la exigencia y de la superación de nuestros estudiantes, dependen de la forma de vida que tengamos que afrontar en el futuro.

Así pues, los estudiantes de hoy y del futuro deben ser, consecuentemente, sus propios educadores. Los educadores del futuro deben ser los asesores y orientadores activos, reales y participativos durante todo el proceso de adquisición y desarrollo de conocimiento.